

Es fácil decir tantas injurias que apenas cabrían en una nave de cien remos. Porque la lengua de los mortales es ligera, incontables las habladurías, e inmenso en todas direcciones el país de las palabras. Y lo mismo que has dicho, podrás oír. Pero nunca me intimidarás antes de que hayas combatido. ¡Venga, probemos cuanto antes nuestras lanzas de bronce!

HOMERO, *Ilíada*, XX, 248-259.

Capítulo 1

La memoria

Hubo un tiempo en que los hombres creyeron que el centro del mundo coincidía con la plaza del mercado. Así pensaban los habitantes de las ciudades abominables. Les dimos caza, los exterminamos, ya no viven. Ni siquiera llegaron a saber que nosotros existíamos mucho antes que ellos.

En la parte de la tierra donde muere el sol, también creían muchos que Europa regía el universo. Pero en la época en que nosotros hacíamos las larguísimas cabalgadas de mar a mar, Europa era un rincón de bosques y pantanos en el extremo de nuestros pastos. Sus habitantes eran bestiales, blancos y repulsivos, se hacinaban bajo montones de leña seca y dormían siempre presos en el mismo lugar maloliente.

Los hombres de la mano derecha, donde muere el sol, eran despreciables y pestilentes. Creían que un dios condescendiente y flojo se dedicaba a contemplar sus detestables seres, ponía en sus manos el destino y les regalaba la fortuna. No conocían a Tengri el Irritado, ni tenían noticia del emperador Oceánico.

Lo ignoraban todo, se limitaban a amontonarse en sus ciudades. Nosotros los cazamos como a ovejas encerradas, igual que el lobo caímos sobre ellos.

Cuando decidí convertir al mundo en un solo pastizal donde nomadear sin límites, todos sabían que nací apretando en la mano un botón de sangre del tamaño de una taba de cordero y eso significaba que tendría un destino de héroe.

Cincuenta inviernos más tarde, cerré los ojos y dejé a mi hijo el mundo, con más pasto, ganado y poder de los que ningún hombre tuvo antes, ni tendrá después.

Al principio, sólo poseía yo mi voluntad y todos estaban contra mí. Pero los arreeé como al ganado, los acosé como piezas de caza, los puse bajo mi planta y los maté.

Yo, el despreciado, acabé con mis contrarios, uno a uno y en manadas incontables. Lo mismo en la estepa que en sus ciudades repugnantes, donde gemían y gritaban. Los hice morir y quemé sus antros de pestilencia.

Yo, que no llegué a saber los nombres de los emperadores y reyes que destroné, ni tuve noticia de cómo llamaban a sus reinos, en sus lenguajes de perros.

Pero todos conocieron mi nombre, siquiera en la hora de perecer y perderlo todo. Y también hoy mi memoria vive más que ellos, gente parada y vil.

Nadie fue como yo. Atila no cabalgó cuanto quiso; conoció la derrota en la tierra donde muere el sol y cedió a las súplicas del chamán cristiano. Julio César sólo fue un jumento de aquel carro romano que se arrastraba en torno al charco mediterráneo; y ese mismo carro lo aplastó como una rana cuando tendió la mano hacia la corona. Alejandro no llegó a recorrer una esquina de mis pastos; y el destino lo abatió cuando era joven. Carlomagno no salió de sus bosques; y era un pobre hombre que temía a sus escribanos y magos. El Faraón era un inválido enteco; y sólo amontonó piedras junto a un río.

Cuando empecé a recorrer el mundo, no tenía gentes ni caballos innumerables,

como dispuso Alejandro. Ningún otro pueblo empujó al mío, como le pasó a Atila. Tampoco imploré permiso a los dioses, como hacen los hombres parados. Pero conocí el secreto del hierro y torcí el destino en mi fragua.

Nadie fue como yo. Y los que vinieron luego tampoco son comparables a mi memoria. No obedecí camino alguno, así que nadie podrá ver ahora su traza. Fui como el lobo: salí a dominar el mundo, para que todo fuera mi territorio; sólo con eso, ya barruntaba hacia dónde debía galopar. No tuve guía, sólo la manera de hacer de quien no se detiene, arrea sus rebaños hacia la mejor hierba y acaba con el enemigo. Sólo confié en el fuego y la espada.

Sólo cuando los hijos de mis hijos contrajeron las ideas y religiones de la gente parada, perdieron su fuerza y se anegó su entendimiento. Ya no están en la memoria.

Pero antes cambié el rostro del mundo. Porque impuse mi ley y todos aprendieron a temer.

La gente parada, los que roturan sin cesar la misma tierra, los que se hacinan en ciudades de peste y adoran signos quietos, todos tuvieron terror de oír mi nombre. Y el mundo fue una sola estepa, con nuestros rebaños y las tiendas del hombre que todo lo lleva consigo.

Así quedó en la memoria nuestra raza de lobos. Derramamos más sangre de la que nadie jamás soñó. Toda la tierra fue nuestro cazadero. Los muertos incontables abonaron el suelo y criaron hierba suficiente para muchos veranos.